

89/7
16c.

Edgar Morin

ios del Saber
títulos publicados)

ico
r Buenos Aires
ectuales y expertos

lo Real

das de sentido para

lea de clase social
memoria compartida.
un imaginario

culturales
(s.), Arte de posguerra

ard Said: Continuando

cción. Ensayos sobre el

literatura, cultura,

en Occidente
ficios públicos?
tura fantástica
la verdad?

toria reciente.
po en construcción
toria de una amistad

Breve historia de la barbarie en Occidente

1. Barbarie humana y barbarie europea

Para comenzar, me gustaría poder esbozar una antropología de la barbarie humana.¹ En mis sucesivos trabajos, he intentado mostrar que las ideas de *Homo sapiens*, de *Homo faber* y de *Homo economicus* resultaban insuficientes: el *Homo sapiens*, de espíritu racional, puede ser al mismo tiempo *Homo demens*, capaz de delirio, de demencia. El *Homo faber*, que sabe fabricar y utilizar utensilios, también ha sido capaz, desde los orígenes de la humanidad, de producir innumerables mitos. El *Homo economicus*, que se determina en función de sus intereses, es también

1. Este texto constituye la transcripción corregida de tres conferencias pronunciadas en la Bibliothèque Nationale François Mitterrand los días 17, 18 y 19 de mayo de 2005. Agradezco a Jean Tellez por haber colaborado de manera indispensable en las correcciones y en la puesta en forma final.

el *Homo ludens* del que se ha ocupado Huizinga hace algunas décadas, es decir, el hombre del juego, del gasto, del derroche. Es necesario integrar y vincular esos rasgos contradictorios. En las fuentes de lo que consideraremos la barbarie humana, encontramos por cierto esta vertiente "demens" productora de delirio, de odio, de desprecio y que los griegos llamaban *hybris*, desmesura.

Cabría pensar que el antídoto para "demens" se encuentra en "sapiens", en la razón, pero la racionalidad no puede definirse de una manera unívoca. A menudo, la racionalidad en que creemos movernos es sólo racionalización, un sistema enteramente lógico, pero al que le faltan las bases empíricas que permitirían justificarlo. Y sabemos que la racionalización puede servir a la pasión, y llevar hasta el delirio. Existe un delirio de la racionalidad cerrada sobre sí.

El *Homo faber*, el hombre fabricante, crea también mitos delirantes. Da vida a dioses feroces y crueles que cometen actos bárbaros. Tomo de Teilhard de Chardin el término "noosfera" que en mi concepción designa el mundo de las ideas, de los espíritus, de los dioses producidos por los humanos en el seno de su cultura. Aunque producidos por los humanos, los dioses adquieren

una vida propia y el poder de dominar a los espíritus. Así la barbarie humana engendra dioses crueles que, a su vez, incitan a los humanos a la barbarie. Damos forma a dioses que nos dan forma. Pero esta posesión por las ideas religiosas no se deja reducir, como único aspecto, a la barbarie. Los dioses que poseen a los creyentes pueden obtener de ellos no sólo los actos más horribles sino también los más sublimes.

Como las ideas, las técnicas nacidas de los humanos se vuelven contra ellos. Los tiempos contemporáneos nos muestran una técnica que se desata y escapa a la humanidad que la ha producido. Nos comportamos como aprendices de brujos. Además, la técnica aporta su propia barbarie, una barbarie del cálculo puro, frío, helado, que ignora las realidades afectivas propiamente humanas.

En cuanto al *Homo ludens*, se puede señalar que conoce juegos crueles, como los del antiguo circo o la tauromaquia, aunque innumerables juegos no tengan un carácter bárbaro. Finalmente, el *Homo economicus*, que coloca el interés económico por encima de todo, tiende a adoptar conductas egocéntricas, que ignoran al otro y que, por ello mismo, desarrollan su propia barbarie. Así, vemos cómo las potencialidades,

las formas virtuales de barbarie aparecen en todos los rasgos característicos de nuestra especie humana.

Estas formas virtuales de barbarie, sin embargo, no son las mismas en las sociedades arcaicas y en las sociedades históricas. Las sociedades arcaicas se han extendido sobre todo el planeta hace varias decenas de miles de años. Produjeron una extrema diversidad de lenguas, de culturas, de músicas, de ritos, de dioses. Todas tienen un carácter común: son pequeñas sociedades de algunos centenares de individuos dedicados a la caza y la recolección. Prácticamente son autosuficientes, no tienen necesidad de conquistar el territorio de una sociedad. Por cierto, conocen las guerras locales y acaso también el crimen y el asesinato.²

Estas sociedades no tienen nada en común con las sociedades históricas surgidas de la formidable metamorfosis que se ha comenzado a operar hace quizás ocho mil años en el Medio Oriente, en la cuenca del Indo, en China, después en México y en los Andes. Esta metamor-

2. Se han registrado comportamientos asesinos entre los chimpancés.

fosis ha producido las grandes civilizaciones de sociedades que cuentan con miles, hasta con millones de miembros, que practican la agricultura, que construyen ciudades, crean Estados y grandes religiones, inventan los ejércitos, desarrollan considerablemente las técnicas. Aun cuando rasgos de barbarie podían caracterizar a las sociedades arcaicas, es en las sociedades históricas donde se ven aparecer los rasgos de una barbarie vinculada al poder del Estado y a la desmesura demencial, a la *hybris*. Se emprenden conquistas de territorios para asegurar las materias primas o las reservas de subsistencia para los períodos de sequía o de exceso de lluvia. Pero, sobre todo, se produce una verdadera escalada de conquistas que va más allá de la mera necesidad vital y que se manifiesta en las masacres, las destrucciones sistemáticas, los pillajes, las violaciones, la esclavización. Existe entonces una barbarie que toma forma y se desencadena con la civilización.

Por otra parte, estas grandes sociedades se caracterizan por un desarrollo urbano sin precedentes, forman Babilonias donde se reúnen poblaciones diferentes, clases diversas fundadas sobre la dominación de los amos y la esclavitud generalizada. En los bajos fondos, prosperan la

delincuencia, la criminalidad. En las sociedades arcaicas, demográficamente limitadas, en las que la mayoría de los individuos se integraban a la colectividad, la marginalidad debía ser una excepción. Reinaba una especie de superyó de la colectividad, tanto más importante dado que estas sociedades estaban regidas por el mito del ancestro común que alentaba la fraternidad de todos sus miembros.

En los grandes imperios, en las ciudades-estado, se desarrollaron fermentos de delincuencia y de criminalidad. Se presenció la aparición de dioses feroces y guerreros, de dioses que demandaban el exterminio del enemigo. La barbarie de la guerra resulta por lo demás inseparable de los tiempos históricos. La historia de las grandes sociedades es la historia de las guerras ininterrumpidas, como lo ha demostrado Gaston Bouthoul, fundador de la polemología. Sin embargo, al mismo tiempo que dicha barbarie, estas sociedades producen un florecimiento de las artes y de la cultura, un desarrollo del conocimiento, la aparición de una elite cultivada. La barbarie se vuelve entonces un ingrediente de las grandes civilizaciones. Como lo ha puesto en evidencia Walter Benjamin, no hay un signo o un acto de civilización que no sea al mismo tiempo

un acto de barbarie. Surge una pregunta: si se puede y se debe resistir a la barbarie, y aun se debe intentar reprimirla, ¿no es sin embargo un ingrediente de civilización que jamás podrá suprimirse?

La barbarie no es sólo un elemento que acompaña a la civilización, sino que la integra. La civilización produce barbarie, en particular la barbarie de la conquista y de la dominación. La conquista romana, por ejemplo, fue una de las más bárbaras de toda la Antigüedad: el saqueo de Corinto en Grecia, el sitio de Numancia en España, la aniquilación de Cartago, etc. Sin embargo, la cultura griega se infiltró en el interior del mundo romano, que se había convertido en imperio. De allí la famosa expresión del poeta latino: "Grecia, derrotada, derrotó a su feroz vencedor". De esta manera, la barbarie también generó civilización.

La conquista bárbara de los romanos condujo a una gran civilización. En 212, el edicto de Caracalla concede la ciudadanía romana a todos los súbditos de ese vasto imperio que cubre África del norte y parte de Europa del este y de Inglaterra.

Si me puedo permitir un paréntesis—dado que no me impongo aquí un discurso lineal, sino que

invito a reflexionar sobre momentos históricos—, me gustaría recordar que Simone Weil, en un artículo de los *Nouveaux Cahiers* publicado en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, anticipaba que otro tanto ocurriría en el imperio europeo posterior a la conquista nazi. Ella preveía una victoria de Alemania, y, en dos siglos, un florecimiento de las civilizaciones, según el modelo de aquella que había generado Roma. Esto no le impidió involucrarse con convicción en la Resistencia, como ustedes saben. Pero tampoco deja de ser cierto que esta idea inspiró a socialistas y pacifistas, que colaboraron con los nazis desde el comienzo de la guerra, cuando todavía no era europea, pero cuando se pensaba que Alemania dominaría largamente a Europa. Muchos pensaban, trágicamente, que colaborando con la Alemania hitleriana colaboraban de hecho para llegar a una Europa socialista.

Si aludo a este artículo, es porque me ha influido no sólo en lo que concierne a la Alemania nazi, sino también en lo que atañe a la Unión Soviética. En 1942, a los veintiún años, yo conocía ya los peores aspectos de la URSS, no había olvidado los procesos de Moscú, había leído a Trotsky y Souvarine. Yo tenía la idea de que la victoria de la Unión Soviética permitiría a las

simientes ínsitas en la ideología socialista, ideología comunitaria, igualitaria, libertaria, florecer en una era maravillosa de armonía social. Empecé a desilusionarme cuando llegaron la Guerra Fría y una renovada glaciación estalinista. Hoy no puedo apartar la idea de que la Unión Soviética, quizás, habría podido hacer florecer, con el tiempo, los ideales y los fermentos de civilización que su barbarie había ahogado en un comienzo. Las conquistas bárbaras pueden conducir al florecimiento de una civilización, sin que por ello, ciertamente, esas barbaries originarias deban ser justificadas retrospectivamente, ni recubiertas por el olvido.

Existe también una barbarie religiosa, de la que conviene hablar ahora. En la Antigüedad, cada uno de los pueblos del Medio Oriente tenía su dios de la guerra, despiadado con sus enemigos. Sin embargo, tanto en Grecia como en la antigua Roma, el politeísmo permitió la coexistencia entre diferentes dioses. El politeísmo griego recibió un dios aparentemente bárbaro, violento, un dios de la ebriedad, de la *hybris*: Dionisos. La extraordinaria tragedia de Eurípides, *Las bacantes*, muestra el arribo destructor, la locura desencadenada, de este dios. Dionisos, sin embargo, no resultó por ello menos integrado a

la sociedad de los dioses griegos. En el siglo XIX, cuando Nietzsche plantea la cuestión del origen de la tragedia, pone de relieve el doble aspecto que caracterizaba a la mitología griega. Por un lado Apolo, símbolo de la medida; del otro, Dionisos, símbolo del exceso. Es esta dualidad y complementariedad de Apolo y Dionisos la que ilustra el fragmento de Heráclito: "Unid lo concordante y lo discordante".

El imperio romano se caracterizaba, antes del cristianismo, por la tolerancia religiosa. Los cultos más diversos, y aun las religiones salvíficas, como el culto de Osiris, el culto de Mitra, el orfismo, eran perfectamente aceptables. El mono-teísmo judío, y después cristiano, al mismo tiempo que su universalismo potencial, aportaron una intolerancia propia, yo diría hasta una barbarie propia, fundada sobre el monopolio de la verdad de su revelación. En efecto, el judaísmo sólo podía concebir como ídolos sacrílegos a los dioses romanos. El cristianismo, a través de su proselitismo con voluntad universal, sólo podía acentuar esta tendencia. Mientras que el judaísmo tenía la posibilidad de permanecer en el interior de sí mismo en la alianza privilegiada que creía tener con Dios, el cristianismo finalmente buscó destruir a los otros dioses y a las otras

religiones. Por otra parte, desde el momento que fue reconocido como la única religión de Estado, hizo cerrar la escuela de Atenas, y puso fin así a toda filosofía autónoma.

Una de las armas de la barbarie cristiana ha sido la utilización de Satán. Bajo esta figura, hay que ver al separador, al rebelde, al negador, al enemigo mortal de Dios y de los humanos. Aquel que no está de acuerdo y que no quiere renunciar a su diferencia ha de estar por fuerza poseído por Satán. Es con tal máquina argumentativa delirante que el cristianismo ha ejercido su barbarie. Por supuesto, no ha gozado de la exclusividad del arma satánica. Hoy se ve cómo Satán regresa más virulento que nunca en el discurso islámico radicalizado.

Por último, el cristianismo triunfante ha suscitado en su seno diversas corrientes de pensamiento, variadas interpretaciones del mensaje de origen. Pero en lugar de tolerarlas, ha reaccionado con la elaboración de una ortodoxia implacable, que denuncia todo desvío como herejía, persiguiéndolas y destruyéndolas con odio, en nombre de la religión del amor.

Estas pocas observaciones muestran que, aun cuando Europa no detenta el monopolio de la bar-

barie, ha manifestado todas las formas de barbarie propias de las sociedades históricas de las que acabo de hablar. Lo ha hecho de manera más duradera, más integrada, y, sin duda, más innovadora. Esta innovación en la barbarie está vinculada a la formación de las naciones europeas modernas: España, Francia, Portugal, Inglaterra. Las naciones son profundamente diferentes de los imperios y de las ciudades-estado. En primer lugar, reúnen más poblaciones diversas que las ciudades-estado —una nación como Francia, por ejemplo, integra una notable diversidad de etnias—. Y la verdadera diferencia con el imperio se debe a la actividad integradora del Estado-nación que unifica en una identidad nacional común sus elementos diversos.

Un caso ejemplar es el de España, donde en la zona islámica, Al Andalus, la regla era la tolerancia para cristianos y judíos, y en la zona cristiana, hasta 1492, la tolerancia para judíos y musulmanes. ¿Qué ocurrió en ese año inaudito, 1492? No sólo el descubrimiento de América y el comienzo de la conquista del Nuevo Mundo. Es también el año de la caída de Granada, el último bastión musulmán en España, y casi inmediatamente después, del decreto que obligaba a los judíos y a los musulmanes a elegir entre la

conversión y la expulsión. Esta invención europea, la nación, se construyó entonces, en un principio, sobre la base de una purificación religiosa.

Progresivamente, esta purificación tenderá a adoptar un carácter étnico. Siempre en España, a comienzos del siglo XVII, dos siglos después del decreto que constreñía a los judíos y musulmanes a elegir entre conversión y expulsión, se encontraba, especialmente en Andalucía, una fuerte población morisca. Se trataba de moros oficialmente convertidos al catolicismo, pero que continuaban practicando sus creencias en el interior de grandes propiedades privadas. Los latifundistas, los señores propietarios, los toleraban o cerraban los ojos. En alguna barraca transformada con simpleza en mezquita, se podía practicar un resto de culto musulmán. Para la Inquisición, esto resultó intolerable. Hagamos notar que ésta no profesó el principio de una purificación étnica. Perseguía a los judeoconversos que “judaizaban” en secreto como también a los moriscos que “islamizaban” del mismo modo. Pero una vez que había podido establecer la sinceridad de su fe cristiana, les reconocía todos los derechos de los cristianos. Bajo el impulso de una nueva presión de intolerancia, se llegó a la expulsión de los moriscos. Se sepa-

raba a las mujeres de sus esposos que eran expulsados y embarcados con rumbo al norte de África. Se pasó de la purificación religiosa a la purificación étnico-religiosa. En una parte de la aristocracia y de la burguesía española, se desarrolló la tendencia a querer imponer la *limpieza de sangre*, la pureza de sangre, lo que ya era una noción racial, racista. Los monarcas españoles finalmente no dieron curso a esta imposición y la pureza de sangre nunca se volvió oficial. Debo precisar que en verdad la Inquisición nunca había sido defensora de esta idea. Ella sólo buscaba verdaderamente la pureza religiosa, pero esta pureza había empezado a asociarse con otra, una intolerancia empezó a despuntar bajo la otra.

Volveré luego sobre una consecuencia de esta tentativa de purificación religiosa en España, consecuencia subterránea pero muy profunda, caracterizada por el fenómeno de los *conversos*, llamados peyorativamente *marranos*.

Para terminar, señalemos que la intolerancia religiosa española se desató con la conquista de América, y tuvo como consecuencia la destrucción de todas las religiones precolombinas.

Por cierto, se puede considerar que el principio de la purificación religiosa ya estaba en

germen con el triunfo del cristianismo en el Imperio Romano. Pero de hecho este principio conocería un notable fortalecimiento con el surgimiento del Estado-nación. Hasta tal punto, que las guerras de religión que se desencadenarán en el siglo XVI, como consecuencia de la reforma de Lutero y de Calvino, serán guerras civiles antes de ser guerras entre naciones. Concluirán en la paz de Westfalia, que acentuó la tendencia dominante de cada nación a la purificación religiosa. Estos tratados instauraban la religión del príncipe como religión del Estado, principio importante para Alemania, que se había dividido en principados. En Inglaterra, el anglicanismo se constituirá sobre la base de la expulsión del catolicismo y muchos católicos debieron emigrar a Livorno o a Francia en el siglo XVI. Existió una excepción francesa, provisoria, el edicto de Nantes, firmado en 1598 por Enrique IV. Provisoria, porque bajo Luis XIV, el edicto se vio severamente limitado por las crueldades de los soldados que perseguían a los protestantes para que se convirtieran y les imponían restricciones que afectaban todos sus derechos. Como ustedes saben, el edicto de Nantes será revocado en 1685, y a esta revocación seguirán numerosas consecuencias trágicas.

En las ciudades de los Países Bajos, que no estaban organizadas bajo el principio de nación, la tolerancia religiosa persistió; especialmente en Ámsterdam, donde incluso era posible no practicar religión alguna. Calvinistas, luteranos, católicos, judíos coexistían. Spinoza, después de que lo excomulgara la sinagoga, no se adhirió a ninguna religión y pudo continuar con su vida en total independencia. Como una consecuencia de este estado de cosas, fue en Ámsterdam que se imprimieron muchos de los libros que la censura prohibió en Francia hasta fines del siglo XVIII.

Uno puede pensar que estos fenómenos de purificación han sido las enfermedades infantiles de las naciones occidentales modernas. Pero estas mismas naciones sabrán producir el antídoto contra este veneno. Inspirada por la Ilustración, una nueva concepción de la Nación surge a partir de la Revolución Francesa. El 14 de julio de 1790, un año después de la toma de la Bastilla, delegados de todas las provincias de Francia acuden a la gran fiesta de las federaciones, expresando así su común intención de formar parte de la gran nación: una nación como Francia está concebida como producto de una voluntad común. La idea de un espíritu común y de una voluntad común se desarrolla, impulsada en el

siglo XIX por pensadores como Renan, para quien "la existencia de una nación es un plebiscito cotidiano". Esta idea se afirma en contra de las teorías de filósofos alemanes como Herder y Fichte, quienes insisten más bien sobre el suelo, la lengua y la cultura para definir una nación. Esta oposición se reencuentra en el diferendo franco-alemán sobre Alsacia y Lorena. Para los franceses, Alsacia y los alsacianos eran franceses, por el espíritu francés del que eran portadores; los alemanes sostenían por su parte que los alsacianos eran de etnia y cultura alemanas, y por lo tanto alemanes.

En todo caso, fuertemente inspirada por la concepción revolucionaria, se instaura una cierta idea moderna de la nación: la integración de etnias diferentes a través de la educación, la laicidad, los medios de comunicación, el desarrollo de las rutas y de los ferrocarriles, pero, no hay que olvidarlo, también a través de las guerras. Las guerras son integradoras porque unen en el odio del enemigo a las etnias más diversas en el seno de una comunidad patriótica. Consideremos a los bretones: la conciencia de un habitante del Finistère se definía, y en cierta medida todavía se define, en relación con la de un habitante de Cap Sizun, es decir, en

relación con el pueblo vecino. Cuando entra en el ejército, oye que le dicen "el bretón". Una identidad que le resultaba lejana y abstracta se vuelve concreta y, por sobre todo, descubre una parte de esta complejidad que lo constituye: es bretón y francés. Las guerras han contribuido así a la integración.

Por supuesto, Europa no se liberó tan fácilmente de las cuestiones étnico-religiosas y de sus lazos con una cierta concepción de la nación. El problema de Irlanda del Norte, que está a punto de resolverse, lo demuestra suficientemente. Hoy se plantean también los problemas del País Vasco y de Córcega, aunque sin duda son periféricos y secundarios.

El siglo XX nos ha permitido medir la barbarie producida por la idea de nación cuando ésta reposa sobre una voluntad de purificación étnica. Por cierto, no se puede reducir la nación a sus efectos bárbaros, porque ella es también un operador de integración entre las etnias. Pero hay que señalar que el siglo XX inventó la monstruosidad de la nación monoétnica. En el seno de los imperios que reinaban en Europa central y oriental a comienzos del siglo XX, austro-húngaro, otomano, zarista, operaban fuerzas de integración y de entendimiento entre los pueblos.

En el imperio otomano, por ejemplo, se ejercía una tolerancia religiosa y no prevalecía una voluntad encarnizada de convertir. El modo de gobierno, que hacía que los impuestos fueran recaudados por la autoridad religiosa, permitía a los judíos y a los católicos coexistir en una misma ciudad. Sarajevo es el ejemplo extraordinario de la reunión de los católicos croatas, de los ortodoxos serbios, de los judíos sefaradíes y de los eslavos convertidos al Islam. Este carácter multiétnico, esta mezcla de culturas que nos parece un rasgo positivo del imperio otomano, se reveló desastroso después de su desmantelamiento. En cuanto al imperio austro-húngaro, antes del primer conflicto mundial se encaminaba poco a poco, a pesar y a causa de todas las disensiones y descontentos de sus numerosos pueblos, hacia el reconocimiento de una cierta autonomía y coexistencia pacífica de las nacionalidades: húngaros, checos, croatas. Desgraciadamente, la voluntad de los vencedores en 1918, y especialmente de Francia, provocó la dislocación de estos equilibrios. Clemenceau estaba persuadido de que el conjunto austro-húngaro era un bastión del catolicismo. Los vencedores impusieron la constitución de naciones que, por el hecho de la explosión del

imperio y de las divisiones arbitrarias, se encontraron bruscamente sumergidas en la lógica multiétnica de las naciones modernas (Serbia y Grecia, por su parte, ya se habían emancipado en el siglo XIX). Ahora bien, cada una de estas naciones, aunque incluyeran importantes minorías étnicas y religiosas, quiso concebirse bajo una forma monoétnica.

El historiador Toynbee, que presenció la guerra greco-turca de 1921, calificaba de "desastre" la importación de la idea occidental de nación en estas regiones. Una doble purificación étnica turca y griega se estaba produciendo entonces. Los turcos expulsaron a las importantes poblaciones griegas de Asia Menor, que estaban allí desde la Antigüedad, y las deportaron a Macedonia. Por su parte, las poblaciones turcas de Macedonia fueron deportadas a Turquía.

En 1990, no cabían dudas de que la nación yugoeslava no había completado su proyecto de integración de los pueblos que la constituían, pero ese proceso estaba en marcha. Es verdad que había sufrido una dictadura y que podía considerarse que la nación era impuesta por el totalitarismo, un totalitarismo sin embargo temperado después de la ruptura con la URSS. Esta nación inacabada se dislocó en tres naciones con

el desencadenamiento de una barbarie guerrera y cruel. El objetivo de depuración étnica fue tanto de los serbios como de los croatas, que expulsaron importantes poblaciones serbias. En Sarajevo, aún se conservaba un cierto carácter multiétnico con los serbios que desempeñaban un papel importante en el poder, la prensa, etc. Este mal de la purificación se reencuentra, por cierto de manera pacífica, en el proceso de separación entre los checos y los eslovacos.

No hablo aquí expresamente de la purificación nazi, objeto de mi tercer capítulo, que puede ser considerada como la cúspide de la obsesión purificadora de una nación y que desgraciadamente se enraíza en la historia europea. Sin embargo, conviene advertir que después de la victoria de los aliados en 1945, pueden observarse fenómenos de purificación de las poblaciones alemanas, deportadas de una Silesia que se había vuelto polaca, y de unos Sudetes que ahora eran checos. Los mismos polacos fueron deportados de las zonas ucranianas anexadas por los soviéticos. Y aún existen, en nuestras naciones occidentales, minorías que están convencidas de que la presencia extranjera de emigrados naturalizados contamina la identidad nacional. La xenofobia, el antijudaísmo persisten a pesar

de la integración europea. Los nacionalismos chauvinistas, fundados sobre la idea de pureza, no están muertos. En Austria, el movimiento de Haider, los movimientos neonazis en Alemania, en Holanda, en Francia, parecen marginales, minoritarios, pero pueden ganar importancia en caso de crisis. Basta con pensar que durante la gran crisis de 1929, que tan brutalmente golpeó a Alemania en 1931, un pequeño partido, el partido nazi, que en tiempos normales nunca podía esperar superar el 15 o el 18 por ciento de los votos, pudo llegar al 35 por ciento.

Las tendencias bárbaras coexisten con las tendencias civilizadoras. De la misma manera que en el seno de los imperios, donde reinaba la barbarie de las conquistas guerreras, nacieron formas refinadas de civilización, del mismo modo en el seno de las naciones, coexistiendo con sus tendencias depuradoras, se observa un florecimiento de las artes, de la cultura, del conocimiento. Así la España depurada del Siglo de Oro produjo a Lope de Vega, Calderón, Góngora y una pléyade de grandes artistas. De igual manera que la Francia "purificada" según la revocación del edicto de Nantes es de todas maneras el país de los grandes autores clásicos. Nunca olvido

este doble aspecto, es decir, de hecho, la complejidad de la civilización.

Paso ahora a eso que acabo de llamar la "barbarie de las conquistas guerreras". Es milenaria, pero ha encontrado sus formas modernas con el colonialismo. Para simplificar, se puede considerar que comienza con las conquistas de Alejandro. Sin embargo, éstas no fueron, hablando propiamente, bárbaras. Alejandro respetaba los dioses de las diferentes civilizaciones que había conquistado. En cada ciudad, casaba a centenares de sus soldados con mujeres naturales del país, preparando de esta manera una civilización mestiza. Pero el caso de Alejandro sigue siendo excepcional. Los otros grandes conquistadores son terribles. Gengis Khan, el conquistador mongol del siglo XII y comienzos del XIII, sembró la muerte y la destrucción tanto en Oriente, en China, como en Occidente, al crear un imperio desmesurado. Pero estos imperios desmesurados no pueden durar. Precisamente porque son desmesurados carecen de factor de integración. El de Gengis Khan sólo duró un siglo. Tamerlán (1336-1405), un siglo más tarde, construyó un imperio formidable que pronto dividió entre sus cuatro descendientes.

Las conquistas que emprendieron las naciones europeas fueron de otro tipo y, sobre todo, resultaron duraderas. Fueron favorecidas por la superioridad militar que les daban las armas de fuego. Así, en Perú, un pequeño grupo de caballeros y de hombres armados hizo que se derrumbara un gigantesco imperio que se extendía desde el norte del ecuador hasta el sur de Chile. La conquista de México fue más complicada. De alguna manera Cortés se sirvió de la estrategia del mestizaje. Se alió a naciones sometidas por los aztecas, descontentas de pagarles a estos últimos su tributo y, sobre todo, de entregarles sus adolescentes para los sacrificios. Se ha podido decir que México fue conquistado por los mexicanos. El pequeño grupo de Cortés —y él mismo se había unido a una mujer india, la Malinche—, logró beneficiarse, después de diversos episodios, con la ayuda de esas poblaciones. No es menos cierto que esta conquista fue animada por una codicia y un fanatismo sin parangón.

Esta codicia se nutría del mito de El Dorado. Al encontrar una delgada capa de oro sobre los muros de los templos de Cuzco en Perú, los conquistadores esperaron descubrir las fuentes fabulosas del metal, como lo ilustra ese filme tan hermoso de Herzog, *Aguirre o la ira de Dios*. El

fanatismo religioso no era menor: los ídolos incas fueron abatidos, destruidos. Por lo demás, la conquista provocó, además de las masacres que no faltaron, una mortalidad catastrófica, tanto en México como en Perú. Se debió a la importación de enfermedades europeas, como la tuberculosis, contra las cuales las poblaciones locales no estaban inmunizadas. En lugar de bienes culturales, intercambiaron virus y bacterias. A cambio de la tuberculosis, la sífilis ganó Occidente y, por la ruta de las caravanas, llegó hasta China. También el alcohol provocó estragos. Después de seis u ocho mil años, la selección natural había eliminado en el Viejo Continente a los organismos que no se fortalecían por el alcohol. No era el caso de las desgraciadas poblaciones de América del Norte. Otra causa de la mortalidad masiva fue por cierto la esclavitud. Las poblaciones indígenas fueron sobre-explotadas para extraer la plata de las minas de Potosí y hacer llegar a España los galeones cargados de oro y plata.

Frente a semejante baja demográfica, los conquistadores recurrieron a la trata masiva de los negros. La esclavitud de los negros fue un hecho en el que participó la casi totalidad del continente americano. Como ustedes saben, la persisten-

cia de la esclavitud en los estados del sur de los Estados Unidos fue una de las causas de la Guerra de Secesión. En Francia, la esclavitud en las colonias será abolida recién en 1848 gracias a Victor Schœlcher. Sin embargo, perdurará de manera residual. En cuanto a la colonización, no desaparecerá hasta fines del siglo XX. Entre tanto, se desató la colonización inglesa y francesa, pero también alemana y portuguesa, sobre todo en África. André Gide, durante su viaje al Congo, informó sobre la manera atroz en la que eran prácticamente sometidos a la esclavitud los negros que trabajaban en el ferrocarril Congo-Océano. Esta barbarie colonialista, de una extrema brutalidad, continuará manifestándose en Francia en pleno siglo XX, tal como lo demuestra la masacre de Sétif, cometida el mismo día del fin de la guerra, el 8 de mayo de 1945, y las numerosas atrocidades durante la guerra de Argelia.

A fin de cuentas, se observa una explosión de cinco siglos de barbarie europea, cinco siglos de conquistas, de reducción a la servidumbre, de colonización. Por cierto, hay que decirlo nuevamente, la barbarie se vio acompañada por efectos de civilización, e incluso los ha inducido.

En el curso de esta mundialización de la barbarie europea, hubo mestizajes de culturas, intercambios, contactos creadores. En la actualidad vemos cómo se polemiza sobre una directiva ministerial que pretende que en los manuales de historia se indiquen las características positivas de la colonización francesa en Argelia y en las otras antiguas colonias de África. La verdadera cuestión es saber si estas características positivas están en primer plano o son sólo fenómenos secundarios. Tal interrogante debería ser reubicado en un marco general. Habría que subrayar la ambivalencia, la complejidad de lo que es barbarie, de lo que es civilización, por cierto no para justificar los actos de barbarie, sino para comprenderlos mejor y así evitar que nos posean ciegamente.

Querría terminar refiriéndome a otra forma de barbarie que aún hoy perdura. Las sociedades históricas de las que hablé se constituyen eliminando progresivamente a las pequeñas sociedades arcaicas que las han precedido. Pero es con el auge mundial de la civilización occidental que se opera la destrucción genocida de la humanidad arcaica y de los pueblos sin Estado. En Tasmania, la población indígena ha sido ani-

quilada. En Australia, hoy es residual. En América del Sur, en el sur de Chile, los alakalufes, el pueblo de los nómades del mar, que acogían a los navegantes cuando pasaban en los siglos XVII o XVIII, ha sido aniquilado. En América del Norte, las poblaciones indias, después de haber sido burladas —los tratados que habían firmado con la autoridad política no fueron respetados—, hoy están inmovilizadas, en reservas que son como guetos. La asociación Survival Internacional defiende sus derechos, y lo hace muy activa y justamente. En Asia, los habitantes de las montañas de la península Indochina ya han sido reprimidos por los pueblos dominantes. En África negra, la población de los bantúes ha avanzado sobre los bosquimanos, y prácticamente los ha exterminado. Grandes zonas de la selva virgen amazónica sufren hoy un proceso de destrucción, que condena a los últimos pueblos independientes a exiliarse en los suburbios miserables de las metrópolis o a desaparecer. La barbarie continúa y sin embargo hay que destacar la resistencia contra esa barbarie, como la de quienes en Brasil crearon asociaciones de lucha para la salvaguarda de las poblaciones indígenas y de sus derechos.

La barbarie conquistadora europea no termina, lo repito, con el fin de la Segunda Guerra Mundial. En lo que toca a Francia, no se acaba más que con la guerra de Argelia, y termina más tarde para Portugal con Angola y Mozambique. Las naciones de Europa dejaron de ser naciones coloniales. Igualmente, en lo que concierne a la barbarie depuradora, las naciones europeas renuncian de a poco, gracias a la constitución de un espacio europeo, al nacionalismo basado en la pureza étnica. Estamos entonces en una época donde la barbarie europea está en fuerte regresión y donde los antídotos culturales europeos, que han desempeñado un papel importante en esa regresión, podrían permitir definir a Europa.